

EDICIONES A. J. M.

LIRIOS TRASPLANTADOS

—•••—
¿Puedo ser santa?

(Ana María Garmendia)

Por

El Esclarecito

III

Nihil obstat:

FR. SAMUEL A STA. THERESIA,
Censor.

IMPRIMATUR:

Victoriae die 29 ianuarii 1944.

† CARMELO, OBISPO DE VITORIA.

Por vía de introducción

¿Uo puedo ser santa?

Esta pregunta, en los términos en que la estampamos aquí, no la hace cualquiera. La santidad debe, por lo menos, ser fruto de sobrehumanos actos de heroísmo; contados son los que tienen valor suficiente para escalar las cumbres de la sociedad esplendorosa de los santos. Eso es de muy pocos... ¿Quién, sin espanto, podrá recordar las rudas austeridades de un Pedro de Alcántara, los seráficos incendios de un Francisco de Asís, las ansias abrasadoras de un Javier, la caridad heroica de un Vicente de Paúl, las locuras de amor de Teresa y de Margarita...? ¡Oh! ¡¡los santos!! ¡los santos son una raza predilecta y especial...!

Así se ha creído, así se cree hoy, y he ahí una grave equivocación. La santidad está en mis manos. Luego, ¿yo puedo ser santa? «Evidentemente, dice el Padre Crawley, y más: es un deber, y no hay deber imposible; un deber sobre todo para aquellas almas, (y son muchas), que Dios ha colmado de predilección».

Ese concepto, profundamente equivocado, es que el santo necesariamente tiene que aparecer como un ser fuera del molde corriente, un ser que no come, ni duerme; con un cuerpo casi glorioso y un alma confirmada en gracia. Este concepto ha desanimado a muchísimas almas y sigue desalentando a tantas, que sienten simultáneamente la propia miseria y el llamamiento hacia la santidad.

Como sello de santidad legítima, se exige algún rasgo extraordinario; no hay santidad en quien no se vean éxtasis, don de lenguas, gracia de curaciones, profecías que se cumplan.

Por eso cuesta a muchos admitir en el catálogo de los santos a la sencilla Teresita de Jesús...

¡Qh, no! la santidad es mucho más llana, más sencilla, más fácil; la santidad nos rodea, las almas santas pasan rozándonos con sus humildes vestiduras.

Cuantos se imaginan que los santos son viejos recuerdos, historia de un pasado que se narra, pero no se vive, están equivocados.

Acaso hoy no encontraremos un Santo como Juan de la Cruz o Ignacio de Loyola. pero no es difícil cruzarse en el camino con alguna alma de la escuela de Nazaret que, aunque no resucite muertos, viva plenamente la vida de la verdadera santidad evangélica.

En nuestra época hay ¿quién no lo ve? mucho malo, mucha corrupción; pero seguramente también hay prodigios de bien y santidad.

Leed con atención y piedad, no por pasatiempo, esta pequeña biografía, a través de la cual no veréis muertos resucitados, mudos que hablan y ciegos que ven, pero si un alma sencilla, de pueblo, pura como la nieve, que se da a Dios, que se niega hasta el anonadamiento, que se derrama en caridad, que se vence hasta el sacrificio, que se humilla hasta su nada, y que ama como un ángel.

Su santidad es la santidad que predicamos, a la que aspiramos con todas nuestras fuerzas y a la que convidamos a las almas generosas.

Aránzazu, 16 de Diciembre de 1943.

EL ESCLAVITO

I. Albores humildes

Escondido en la espesura del bosque, a varios kilómetros del casco de la población, se encuentra el solitario caserío de ALBISU-BEA, del término municipal de Lazcano, provincia de Guipúzcoa.

Allí vino al mundo, el 18 de Enero de 1923, una niña, la quinta entre sus hermanas, que fue bautizada al día siguiente con el nombre de Ana-María. Nada hay extraordinario en sus albores: un matrimonio humilde, labradores de oficio, cristianos de abolengo, hijos formados en la fe evangélica, costumbres sanas y cristianas, ambiente netamente religioso, lejos del contagio mundial... ahí es donde abre sus ojos y su corazón a la vida y al de lo nuestra pequeña Ana-María, sin que nada especial pueda augurarnos su hermoso futuro.

Al contrario, en la primavera de sus años, las primeras manifestaciones y actos infantiles descubren en la niña un carácter excesivamente susceptible, caprichoso y mimoso.

Cualquier cosa basta para que dé señales de molestia; la más ligera contradicción la hiere; exige que en casa todos satisfagan sus caprichos, y, si no lo hacen, protesta y llora.

Muy luego -no tiene más que cuatro o cinco años- se manifiesta en ella otro defecto, común en su clase: un destacado prurito de vanidad y afán de lucir. Aún no sabe lo que es la belleza y se la ve arrastrada hacia ella; busca ser preferida a sus compañeras y a sus propias hermanas en hermosura y elegancia. Las prendas más vistosas las disputa para sí; un lacito en su negra cabellera y unos zapatitos blancos no le desagradan.

Un día, en que había estrenado un bonito vestido, se miró en el espejo, y, viéndose bonita, pensó exhibirse.

Sin decir nada en casa, se dio la caminata de unos cuatro kilómetros para visitar en el pueblo vecino de Beasain a unos tíos, sin más objeto que mostrarles su elegante personilla. ¿Qué será de esta niña a los dieciséis o diecisiete años?

Pero este cuadro de Ana-Mari tiene otro aspecto, que casi se eclipsa: debido al ambiente religioso de su hogar, la pequeña hija de ALBISU-BEA es bien inclinada a la piedad; apenas habla, y ya sabe rezar, y lo hace con constancia, fidelidad y hasta con gusto.

Es ésta, acaso, la nota saliente de su infancia además de su natural dócil, obediente y silencioso; esta nota irá destacándose en el curso de toda su vida y, gracias a este espíritu de profunda religiosidad, vencerá los muchos y graves obstáculos con que su buen corazón tropezará en el corto proceso de su vida.

Prueba de esta natural inclinación a la piedad es la preferencia con que su Párroco Don Daniel Aguirre la distinguió, premiándole su aplicación en el Catecismo y preparándola a su primera Comunió, cuando todavía no había cumplido sus seis años.

No queremos pasar adelante, sin hacer aquí una aplicación a la «Escuela de Jesús». Nuestras niñas, que, en parte o en todo, se parecen a la pequeña Ana-Mari, harán bien en trabajar porque arraigue en sus tiernos corazones esta piedad constante y fiel, juntamente con las nociones necesarias de catecismo dentro de los límites de su capacidad infantil.

Tarea es esta de suma trascendencia para las instructoras, a fin de formar, desde los albores de la infancia, ajaras bien dispuestas e inclinadas al trato confiado e íntimo con su Jesús. Por no haber sido cimentadas sólidamente en estos fundamentos de la verdadera y auténtica vida cristiana y religiosa, han sucumbido muchas almas después.

La Alianza no debe olvidar nunca este interesante apostolado.

II ¿Fue mundana?

Así transcurrió la infancia de Ana-Mari; vanidosilla, amiga de presumir y ser preferida, mimosa y caprichosa por un lado; dócil, callada, obediente, aplicada y fiel cumplidora de sus infantiles e inocentes devociones a Jesús y a María, por otro.

A los nueve años después de una perfecta preparación, en la que colaboró, además del Párroco, una tía suya religiosa, hizo su comunión solemne, y los cinco años siguientes, hasta los catorce vivió en piedad e inocencia, lejos de los peligros del mundo, en el retirado caserío de ALBISU-BEA; vida de campo, sana para el cuerpo y para el espíritu.

Cumplió sus catorce años ¡catorce años! ¡El despertar de las pasiones y de la curiosidad y el afán de asomarse al mundo...! ¡Qué peligrosa y difícil es esta encrucijada en los comienzos de la juventud! ¡Cuántas han equivocado aquí sus primeros pasos y han ido a parar en el abismo!

A los catorce años, Ana-Mari tiene que abandonar su tranquila casita de Lazcano y la tutela insustituible de sus cristianos padres. No sin antes prevenirla contra los peligros del mundo, con oportunos y atinados consejos, su piadosa madre le da el beso de despedida y, poniéndole al cuidado de una de sus hijas mayores, le deja partir hacia Vizcaya, para ponerla a servir de niñera en una buena casa de Bermeo.

Su entrada en la nueva familia debió costarle algunas lágrimas; no en balde las primeras salidas de nuestro bendito hogar, en una edad tan corta y tierna, siempre suelen ser dolorosas y tristes.

La buena señora de la casa hará colmadamente con ella las veces de madre; tanto más, cuanto que desde el primer día su jovencita sirvienta se muestra pronta, cuidadosa, atenta, obediente y servicial en todo lo que ella sabe hacer.

Y mayor es todavía la sorpresa de la señora, cuando advierte que su Ana-Mari comienza a madrugar con la diligencia de una persona mayor, y da principio a sus tareas diarias, acudiendo todos los días al templo vecino, donde oye la santa Misa, reza sus oraciones, confiesa, comulga con frecuencia y pone su corazón virginal en el corazón de Jesús y en el regazo de la Virgen, para defenderse de los peligros del mundo que comienza a rondarle.

Los vivos recuerdos y las santas lecciones de su cristiano hogar de ALBISU-BEA están vivos en su mente y en su corazón y a ellos, procura ajustar su conducta, alimentando su vida espiritual con el pan de la sólida piedad, que ha gustado desde la cuna, Merced a esta vida, no hacían tan sensible mella en su alma las inclinaciones a la vanidad, a la exhibición y a ciertas diversiones que la solicitaban.

Así, sin novedad mayor, transcurrieron los dos o tres años primeros de servicio de Ana-Mari, ya en Bermeo, ya en San Sebastián, a donde sus señores se trasladaban durante los meses de verano.

Quedan, pues, vencidos los primeros contrastes que el mundo mundano presentaba, con sus mil atractivos y festines, a los ojos de esta inocente joven. Su vida de fe, el santo temor de Dios, su constancia en los actos de piedad la sostuvieron en pie sin desmayos. ¡Magnífico ejemplo para aquellas doncellas, que en el ambiente insano y corrompido del mundo pudieron mantener blanca la rica túnica de su alma inocente y cristiana, y quizás no lo supieron hacer!



«A los nueve años... hizo su comunión solemne».

Pero Ana-Mari ha dejado de ser niña; anda ya por los dieciséis y diecisiete años. Los atractivos del gran mundo cada vez son mayores, el espejismo de la vanidad, tan acusada en ella, la seduce con más fuerza según corren los años; quiere parecer bien con los atavíos de la moda, que, como pasión dominante de la mujer, la atonta y la sugestionan; se ha dado cuenta de que Dios le ha dotado de un alma buena y de un físico bello y perfecto ¿por qué ocultarlos a las miradas de los simpatizantes?

En eso la infeliz, como otras muchas, no ve ningún mal.

San Sebastián la atrae; suspira tanto o más que sus señores e hijos por pasarse sus tres meses de veraneo en el hermoso Hotel de la calle de Vergara, donde oportunamente presta sus servicios de empleada una hermana suya mayor.

Allí, en sus paseos, avenidas y jardines se la ve a la encantadora Ana-Mari, empujando el cochecito cargado de angelitos que cuida, lo mismo que a ella la cuidan otros celestiales que ella no ve.

Su vanidad consiente, es que la gusta mucho, verse en la foto (tenemos una verdadera colección) y accede la tontina a posarse ante el aparato de los paseantes perezosos que la invitan con una sonrisa y una palabra de adulación.

También sabía bailar. Nos dice una de sus hermanas que tenía una afición loca a esta peligrosa diversión; los bailes regionales sanos y honestos debieron ser los primeros que ella ensayó, mas estos (como siempre sucede) la arrastraron y la hicieron desembocar en *otros peores*.

Alguna vez, vistosa y arreglada se la vio en Igueldo, los Campos Eliseos, Chominenea, Rentería, etc.

¡Pobre Ana-Mari, envuelta, enredada en la malla de peligros y ocasiones, que la empujan por la pendiente de un mundo engañoso y fascinador!

¿Sucumbirá? Otras muchas jóvenes han sucumbido en estas o parecidas ocasiones. ¿Y Ana-Mari...?

En su conducta existe un secreto especial, que hemos procurado destacar más arriba.

Cercada corno está de enemigos, tanto más peligrosos cuanto más solapados, Ana-Mari, por uno de esos fenómenos casi inexplicables, continúa siendo piadosa. Ese pobre corazón, tan agitado y sacudido por el huracán de alegrías y diversiones en el torbellino de un mundo desenfrenado, busca y encuentra su hora de paz y silencio para hacer oración. El diario ejercicio de sus prácticas de piedad es sagrado en ella y nunca lo omite. He aquí el secreto providencial de Ana-Mari...

Era uno de esos días alegres y agitados de verano, nos cuenta aquella su hermana a quien antes hemos aludido. Ana-Mari, mi hermana, ha disfrutado las delicias y el bullicio de San Sebastián de los arrabales y, ya anochecido vuelve al Hotel. Cena con los pequeños, que tiene a su cuidado y luego, con ellos, se retira a dormir.

Pasadas un par de horas, he tenido que atravesar el tránsito de mi hermana y he notado con sorpresa que su habitación está alumbrada; abro con disimulo la puerta y todo está en silencio, paso adelante y veo a los pequeños profundamente dormidos y junto a la otra cama, de rodillas, con el rosario en las manos, recostada un poco sobre la cama, mi hermana, que se ha dormido en su oración,

Esta escena, según cuenta la protagonista, se repitió muchas veces.

Ana-Mari nunca se acostó sin haber hecho antes, de rodillas junto a la cama, su acostumbrada oración, He ahí el motivo de que aquella alma, agitada por tantos vientos, no llegase a sucumbir.

Pero el mundo sigue atrayéndola: las amistades se multiplican; todo el que la veía, veía en ella un tesoro... ¡era tan simpática y bondadosa, tan servicial y condescendiente, tan sencilla y franqueable!

Después de lo cual, nadie extrañará que a la joven niñera rondaran, demasiado cerca y con harta frecuencia, gentes interesadas, ya con nobles y honestas intenciones, ya con fines torcidos atentatorios a su angelical pudor. La infeliz hija de ALBISU-BEA, con sus dieciocho años escasos, no entendía aún el lenguaje de los profanadores de oficio, y atolondrada por el brillo de fugaces hermosuras y de satisfacciones demasiado terrenas, iba insensiblemente cayendo en las redes del enemigo, que se las tendía con infernal habilidad

Al mundo quiso asomarse, y el mundo le prendía con sus doradas cadenas, ¿sería su presa? Alma que me lees, ¿eres acaso joven como Ana-Mari? ¿te son conocidos los caminos que aquí se describen? ¿los has corrido tal vez? ¿sabes a dónde llevan? ¿sabes dónde terminan? Medita, tiembla... y echa pié atrás.

III. El dolor

Una piadosa mano velaba sobre Ana-Mari. No le bastaron las cariñosas y continuas advertencias de su hennana, en quien la anciana madre había depositado la responsabilidad sobre su hija pequeña. Pero desde el cielo la miraba otra Madre, a quien la hija no dejó nunca de encomendarse. La misericordia de Dios se inclinó hacia ella con un rasgo sublime; como veremos después Ana-Mari tenía vocación, era llamada a la santidad en medio del mundo que vive de espaldas a Dios.

Dios solicitaba a esta alma y derrochaba en ella gracias singulares, que la infeliz, como lo confesará más tarde con amargas lágrimas, desperdiciaba fácilmente. Mientras ella adornaba lo exterior y descuidaba lo interior, mientras construía y blanqueaba el sepulcro, dentro del cual trabajaba la muerte; el Señor, lleno de amor, por un nuevo esfuerzo de su gracia seguía llamándola y atrayéndola.

«Dios tiene sobre nosotros planes magníficos, dice el P. Plus, pero le obligamos a modificarlos de continuo.»

Dios tuvo planes magníficos sobre Ana Mari desde su cuna, desde la eternidad; sus vaivenes le obligaron a modificarlos; quería triunfar a todo trance... y le envió el dolor. ¡El amor de Dios, saliéndola al encuentro en su imprudente carrera mundana, con la gracia nueva y extraordinaria de una tuberculosis! ¡Maravillas de Dios!

Sin saber a qué atribuirlo, comenzó a molestarle una tos pertinaz y continua, que al principio descuidó sin preocuparse gran cosa.

La señora, en cuya casa servía, aplicóle el remedio sin resultado positivo. La tos seguía cada vez más molesta; hasta que un día, subiendo la escalera del Hotel en San Sebastián, notó su hermana en ella una fatiga excesiva y determinó llevarla a un especialista, el cual dio el diagnóstico fatal de una lesión pulmonar.

¡El dolor, la gracia, el mensaje de Dios...! A su golpe se inclinó humilde y rendida la joven cristiana, y aceptó sin murmurar y sin inmutarse el aviso de trasladarse sin pérdida de tiempo al pabellón de tuberculosas de San Antonio Abad.

Ana-Mari, que, dicho sea de paso, nada tenía de tonta, comprendió muy pronto que el Cielo, por medio de una gracia singular, la arrancaba del mundo; vio en aquella larga enfermedad, el plan divino de su salvación, y se resignó a

aceptarla sin queja alguna, pero sin renunciar por entonces a la esperanza de su curación.

Entre las enfermas de la sala a que fue destinada, destacabase una más piadosa y entregada a las cosas de Dios y de su alma que las demás; con ella entabló particular amistad y confiada comunicación espiritual. Esta amiga, que la acompañara hasta su postrer suspiro, nos ha proporcionado datos interesantes sobre su vida, que transcribiremos en las distintas páginas de este folleto.

La primera noche en que Ana-Mari entró en el pabellón, 30 de Junio de 1941, nos dice su nueva amiga, al disponerse a dormir, sacó con resolución del bolso un devocionario y el rosario, y tranquilamente, ante las miradas de las desconocidas compañeras de la sala, se puso a rezar sus devociones acostumbradas, que terminó todas, a pesar de haber oído claramente esta insultante expresión de una de las enfermas: ¡vaya, ya tenemos una beata más!

Esta anécdota prueba, hasta qué extremo llegaba la fidelidad y constancia de esta alma en el cumplimiento de lo que para ella era un sagrado deber: y prueba también la firmeza de su espíritu y la energía de su voluntad, que más tarde tan sublime y heroicamente ha de manifestar.

Añade su buena amiga: «Ana-Mari muy pronto se captó las simpatías de todas las compañeras y personal de la Sala; era, dice, de natural bondadoso, de exquisita amabilidad, fina en el trato, simpática y cariñosa con todos, era en todo un encanto; en los nueve meses que estuvo en el pabellón jamás la vi discutir con nadie, ni dar contestaciones bruscas a las Hermanas de la Caridad y enfermeras; era prudente, silenciosa, aborrecía la murmuración; tenía un corazón generoso, sensible, compasivo; no podía sufrir las necesidades de sus compañeras y las remediaba, si podía, de lo que tenía, y

lo hacía de manera que no se diesen cuenta.»

Basta el testimonio que trascibimos, para concluir que Ana-Mari, luego que despertó a la verdad y a la realidad de la vida, reaccionó con un impulso vigoroso hacia un nuevo mundo de ideales y aspiraciones, que, envueltos hasta entonces entre el torbellino de sus ensueños mundanos, yacían dormidos en el fondo de su corazón.

Así se explica que ella, en los momentos de las más distraídas alegrías y diversiones de la agitación mundana, al recogerse de noche a su habitación, por un extraño contraste, se entregase a los acostumbrados actos de piedad, donde su noble corazón buscaba la paz de Dios, que el mundo no le pudo dar.

Dios llama a las almas; mas las almas no se recogen para oír la voz de Dios. Nuestra biografiada, a pesar de la nobleza de sus sentimientos y formación religiosa más que regular, vivió en forcejeos duros entre la carne y el espíritu, el mundo y la soledad, la tierra y el cielo. Sintió la oposición de las dos leyes de que nos habla San Pablo; luchó con la, gracia que le convidaba; negó al peligro inminente de perder su vocación a la santidad. Triunfó Jesús, porque la amó con predilección.

Dejando una estela de recuerdos ejemplares y edificantes, salió Ana-Mari del Hospital, para ocupar una celda en el Sanatorio Nacional de Ntra. Sra. de las Mercedes, situado en el Barrio de Loyola de la misma ciudad de San Sebastián, hacia el mes de Marzo de 1942; allí, durante quince meses escasos, veremos a esta enfermita escalar con pasos de gigante las alturas de una santidad encantadora y atrayente.

IV. Unas amigas

Las tuvo muchas, desde que salió de su casita de Lazcano, y al soplo de sus vientos anduvo inquieto mucho tiempo el corazón de Ana-Mari. Nunca hubiera conocido algunos caminos, que después lloró con dolor, si estas amistades no hubieran llegado a influir en su ánimo inclinado y propenso a novedades.

Antes que ella, había ingresado providencialmente, en el pabellón del Hospital una buena almita, a quien arriba hemos aludido; con ella tuvo las primeras confidencias sobre su vida, y de ella recibió los primeros alientos, para iniciar un nuevo rumbo en los caminos hacia Dios.

Esta amiga, más tarde hermanita de la Alianza, que, siguiendo los ejemplos de su discípula y luego maestra, ha llegado a ser un perfecto modelo de aliada, fue su primera amiga en la soledad y el dolor, de la que recibió Ana-Mari las primeras luces para buscar francamente a Dios en el sacrificio.

Ambas, con diferencia de poco tiempo, fueron a parar al Sanatorio de las Mercedes; aunque poco pudieron verse en él, por haber quedado instaladas en distintos departamentos.

Los primeros meses de Ana-Mari en el benéfico establecimiento no ofrecen especial interés; hubo de cambiar de piso, de sala y de celda varias veces, lo que no le permitió trabar intimidad mayor con nadie, ni le fue fácil contraer amistades en tales circunstancias, dado su natural retraimiento y timidez, que la llevaba con preferencia al silencio.

No pasaron, sin embargo, desapercibidas a todas las compañeras del Sanatorio las especiales cualidades de Ana-Mari. Alguien en este tiempo trató de acercarse a ella en plan francamente espiritual, pues vio en ella terreno abonado para llevarla a una reforma seria y formal en el camino de



«...Ana-Mari ha dejado de ser niña...»

perfección llevarla a una reforma seria y formal en el camino de perfección cristiana, cosa que no pudo conseguir por haber salido la apóstol para su casa en plan de perfecta convalecencia.

Pasados unos meses y a fines de Agosto del mismo año subió Ana-Mari a ocupar la celda, en donde el Señor la esperaba con tantas mercedes y gracias y en la que vivió hasta su santa muerte. Muy cerquita de ella está otra enfermita, que será su más íntima confidente y a la que principalmente, después de Dios, deberá Ana-Mari la transformación plena de su alma.

En la amplia terraza del piso, a la que las enfermas menos graves pueden salir en determinadas horas del día, se conocieron estas dos almas. La nueva amiga, maestra de profesión, formada sólidamente en la Institución Teresiana, tuvo acertada visión de aquella alma, que en los primeros días, como gallina en corral ajeno, se mostraba tímida, silenciosa y retraída.

Acercósele un día, la saludó, pasearon juntas y se entendieron; y ya no tardó Ana-Mari en abrirse francamente a la que en adelante había de ser su pequeña maestra en los principios de su nueva carrera de santidad. ¡No estaba sola! Su alma, ansiosa de conocer el bien y la verdad, ya que hasta entonces más había conocido el mal y la mentira en el mundo, tiene una buena amiga, tiene una maestra. Dios va preparando sus caminos.

¡Dichosa el alma que posee el tesoro de una buena amiga! Desde este momento la vida de Ana-Mari entrará en una nueva etapa; la traidora enfermedad, que la invade y la aparta del ruido mundanal, no la estorbará para iniciar una transformación espiritual en su vida, poniéndose decididamente a ello.

V. De cara a Dios

Las primeras confidencias con su maestra son ya puramente espirituales; el mundo vano está lejos de aquellas alturas; la soledad en que está situado el hermoso Sanatorio le ayudará a pensar, y pensará en lo que ve y oye en torno suyo. Habla poco, es su condición, pero piensa y observa; la buena amiga la atrae, las Religiosas Mercedarias, que están al frente del establecimiento, la edifican, el P. Capellán la conforta.

No pierde la esperanza de recuperar pronto su salud; pero la vida del alma por ahora casi le interesa más. «Si fuera yo como esa mi buena Maestra, dice para sí; esa hace oración, esa comulga todos los días, esa ama a Jesús, y yo...»

«Comenzaba a nacer en ella. nos dice su amiga, el deseo de consagrar su vida a un ideal elevado, de no perder de vista el fin para que fuimos creados, y me decía: ¿por dónde empiezo? ¿qué haré?»

Lo de siempre. La santidad se le presenta con caracteres extraordinariamente majestuosos y elevadísimos y como algo más asequible; ve la santidad a modo de una carrera difícil, complicada y erizada de sistemas y embrollos, y esto la acobarda, Su buena maestra la reanima, recomendándole, por de pronto, una buena confesión de toda su vida, que hace inmediatamente con los más vivos y profundos sentimientos de humildad, sinceridad y contrición. Siguen unas amenas y asequibles charlas sobre la vida de Santa Teresita y de Conchita Barrecheguren, que lee después con toda atención; aquí halla el secreto de una santidad no tan difícil. En estas almas, sobre todo en Conchita, ve claro un ideal de perfección «posible» de realizar, y ya no vacila más; con ánimo sereno, con decidida, plena y noble generosidad se pone totalmente de «Cara a Dios».

Si Dios quiere curarme, dirá, bien, sea así; pero yo quiero curar y sanar mi alma; quiero ser como mi amiga maestra, como Conchita; quiero amar, quiero ser santa.

Desde este momento se entrega a su amiga para que le hable de Dios: y busca el concurso de las Religiosas que la asisten, y también el de su confesor, a quien confía su alma entera.

Dos hechos coinciden y se completan en este momento histórico de Ana-Mari: En Santa Teresita ha visto, como realidad sublime de su vida, el acto de su entrega al «Amor Misericordioso». *Entregarse* a Jesús; que su amor haga de ella lo que quiera; ¡magnífico pensamiento! pero ¿podrá cumplirlo? Queda pensándolo... A la vez llega a sus oídos la noticia de la «Alianza en Jesús por María»; una Obra que ha asimilado la vida y el espíritu de Teresita y Conchita, y que los comunica a las almas pequeñas en dosis fáciles de digerirse a fin de que puedan ellas vivir esa vida y ese espíritu en medio del mundo.

El lema de esta Obra: «pureza, sacrificio, amor», concreta y determina su plan. «Pureza», dirá ella, después de haberla expuesto a tantos peligros, Dios me la ha conservado, luego seré pura. «Sacrificio», y ¿qué otra cosa podré hacer aquí? mi vida en el Sanatorio será vida de sacrificio. «Amor», entregarme al Amor para amar. Pureza, para que sea puro mi amor; sacrificio, para que mi amor sea probado; amor, darme al que es todo Amor. Sí, seré hermanita de la Alianza y me entregaré al «Amor misericordioso», sellando mi entrega con el voto de castidad.

¡Desde aquel momento Ana-Mari es toda de Jesús! Nada le queda por dar, nada se reserva; se ha entregado a Jesús, es su ofenda, es su hostia de amor, es su pura esposa.

He aquí el principio de sus ascensiones; aquí comienza propiamente su segunda vida.

Trece meses de vida próximamente le quedan; pues bien, los recorrerá con paso de gigante, dejando atrás a otras compañeras que se lanzaron por ese mismo camino mucho antes que ella.

Alma que me lees, ¿quieres la gloria de un heroico triunfo? Todo depende de un generoso principio; y este principio consiste en una completa *entrega* a Jesús. No serás coronada, si no te entregas. No hay triunfos, porque las almas se pasan la vida en vacilaciones cobardes; se la pasan en titubeos infantiles; no se deciden; no se entregan. La gracia nos empuja; Dios nos llama: la *santidad*, gloria del cristianismo, con atavíos de reina, se nos presenta atrayente... ¡Oh! ...falta el acto valiente de Ana-Mari.

Muy bien dice el P. Plus: «Hay almas que no llegan a la santidad porque un día, en un instante dado, no supieron corresponder plenamente a una gracia divina. Nuestro porvenir depende, a veces, de dos o tres *sí* o dos o tres *no* que convino decir y no se dijo».

«Tu santidad está en el don de ti mismo efectuada a cada momento por medio de un acto generoso de amor» (Schrijvers).

VI. Lágrimas dichosas

Desde la frontera de su nueva vida, Ana-Mari ha mirado lo pasado de sus tristes caminos, y remediados es la primera ocupación. Confesiones sinceras y dolorosas fueron como la base y el cimiento de sus futuros progresos; no obstante la satisfacción necesaria, que debía por las pasadas ofensas, con que ella humildemente reconocía haber ofendido a su buen Jesús.

La traidora tuberculosis, aceptada y sufrida con asombrosa paciencia y aun alegría de su corazón, será el instrumento de su diaria penitencia corporal, a la que añadirá otros mil actos íntimos y secretos de mortificación, mientras el cuerpo sufre y se consume, el alma, en las horas de reposo y silencio reglamentarios, se dará a la compunción y al dolor de sus pecados con abundantes lágrimas.

Dicen sus amigas que Ana-Mari tenía un alma muy sensible, y que bastaban muchas veces las buenas lecturas que se hacían en los corrillos, para que frecuentemente rompiera a llorar.

Su confesor ha comprobado mejor estos sentimientos, en aquella alma delicada. Al acercarse éste a la cabecera de su cama, ella invariablemente se acomodaba siempre en una postura delicada y modesta; inclinaba medianamente la cabeza hacia él, cerraba los ojos; se acusaba de sus faltas y, escuchaba la breve exhortación con suma atención. La palabra divina caía en aquella alma, como el rocío sobre los pétalos de una rosa, y, cuando esta quedaba plenamente saturada, se desbordaba por sus ojos, los cuales, permaneciendo cerrados, se convertían en dos fuentes de lágrimas; y así quedaba inmóvil en celestial paz y compunción del corazón, hasta cumplir la breve penitencia que se le imponía. Y así lo observó hasta lo último de su vida.

Cuando llegó a su fin, quiso un día recorrer a grandes rasgos los pasos de toda la vida; accedió su confesor, y Ana-Mari lo hizo guardando en todo los detalles que se han indicado arriba; la postura habitual, los ojos cerrados, la mano derecha visible sosteniendo el crucifijo de la Alianza,

Su alma endiosada vio entonces mejor que nunca el fondo de todas las miserias de su vida y, a par de ellas, las misericordias de Aquél su amado Jesús, con lo que sintióse su corazón penetrado de un intenso dolor y para mostrarlo mejor,

acercó suavemente el crucifijo a los labios, para besarlo; en aquel momento abriéronse éstos y prorrumpió en profundos suspiros, con un torrente de lágrimas, que caían sobre la blanca almohada, y al intentar besarlo, lo introducía en su boca, llorando y gimiendo más y más, mientras recibía la santa absolución.

Pocas veces es dado a un confesor pronunciar las palabras sacramentales sobre un alma tan admirablemente dispuesta. Si, como toda hija de Adán, tuvo Ana-Mari sus miserias ¡con qué espíritu de contrición y sentimientos de dolor las lloró hasta el postrer momento de su vida!

Un día la Hermana la encontró llorando... «Lloro, dijo, por lo tonta que he sido, desperdiciando tantos años inútilmente en las vanidades del mundo».

Si tú, alma lectora, la imitaste en sus faltas, procura imitarle en sus lágrimas; éstas, cuanto más amargas son en la vida, tanto más dulces saben a la hora de la muerte.

VII. «Mártir en el Sacrificio»

Era difícil sorprender en Ana-Mari los continuos actos de sacrificio que ofrecía al Señor. De Santa Teresita aprendió la sublime lección del ocultamiento y disimulo. Con aquella angelical y encantadora sonrisa, que ha sido el sello característico de Ana-Mari, y por la que pareció estar continuamente en una beatífica y celestial paz y bienestar envidiable, ocultaba el martirio de su cruel enfermedad.

La tuberculosis, con sus propias molestias de incesantes, fiebre, disnea, tuvo serios reflejos y repercusiones en su estómago con agudos dolores, indigestiones, inapetencia habitual, etc., hasta el extremo de que los dieciocho postreros

días de su vida no pudo recibir nada más que la Sagrada Comunión y unos sorbos de refresco, habiendo quedado suspendidas por completo todas las funciones de su gastado organismo.

Ana-Mari lo sufrió todo con asombrosa paciencia, sin que se oscureciese la habitual sonrisa de sus labios, junto con aquel semblante alegre y jovial, con que siempre se mostraba a todos los que entraban en su celda.

No obstante, su confesor descubrió cierto día una pequeña contorsión de dolor en su rostro, y preguntándole si sufría, contestó: «un poco; es que no sé disimular nada.»

¡Vaya si sabía disimularlo, fuera de las pocas veces en que la naturaleza le traicionaba! Díganlo, si no, las religiosas y enfermeras que le asistían y que nunca la vieron quejarse. Al alcance de su mano tenía el timbre; pero hasta los últimos días, en que ya no pudo valerse por sí sola, nunca hizo uso de él.

Una vez se hablaba junto a ella del terror del sufrimiento; y, rompiendo el silencio, dijo: «¿Cómo podéis temer el camino de espinas, si sabéis que al final nos espera Jesús con los brazos abiertos?»

El día de Año-Nuevo, en la comunión de la madrugada hizo a Jesús esta súplica: «Jesús mío, concédeme purificar este año toda mi vida pasada y luego dispón de mí, o dejándome en el destierro o llevándome a la Patria.»

Cuenta su amiga y maestra: «Una mañana la encontré con aspecto de haber pasado mala noche, y en su gran intimidad me contestó: «por ser víspera de una fiesta de mis recuerdos pasados, he ofrecido a Jesús el pasar toda la noche inmóvil, en memoria de su inmovilidad en la Cruz.» En las comidas su mortificación fue ejemplar; preguntada por la Hermana, nunca quiso manifestar su gusto; dejó que aquella

hiciera la elección del plato que se le ofrecía. Apenas pudo saberse qué manjares eran de su gusto y cuáles no.

Los dulces y golosinas, que sus familiares le traían, aceptábalos con gratitud; pero casi siempre se privaba de ellos, repartiéndolos entre sus compañeras. Atormentándole la sed, no quiso romper el ayuno natural desde las doce de la noche, con el fin de comulgar a la mañana siguiente, aun cuando por su enfermedad no estuviera obligada a guardarlo todos los días. En cierta ocasión dijo a una de sus compañeras: «hay que comprender que la enfermedad es una cruz pesada, y más en la flor de la vida... pero, mirándola con mirada sobrenatural y que la envía Jesús, que siempre busca nuestro bien ¡con qué alegría se lleva y se desea sufrir por amor!»

Su entrega como víctima a Jesús por los ideales sublimes de la Obra fue siempre completa y fiel hasta el fin, como que llegó a rechazar todo calmante para que su inmolación fuese perfecta.

VIII. Esposa de Jesús

Como antes se ha dicho, su entrega a Jesús coincidió con su ingreso en la « Alianza en Jesús por María» y tan de veras se entregó a ésta como a Jesús, puesto que conoció que la Alianza era un medio eficacísimo, para darse totalmente a Dios.

En cuanto comenzó su aspirantado en la Obra, ya no pensó más que en ser muy pronto, por medio de su consagración y toma de medalla, una perfecta Esposa del Señor, cuya promesa quiso quedase confirmada con el santo voto de virginidad.

Desde entonces su vida era Jesús; pensar y meditar en Jesús, oír hablar de Jesús, recogerse en intimidad con Él, amarle en el

sacrificio, ser su pequeña hostia, su víctima por el triunfo de la pureza en el mundo, como principal ideal de la Alianza..., he ahí su plan, su aspiración constante. «Tomó grande afición, dice su amiga íntima, en las conversaciones espirituales, nunca se cansaba de oír hablar de Jesús.»

«Cuando el confesor nos reunía en una de las celdas para hablarnos de la unión con Dios, ella bebía sus palabras, las comentaba después con nosotras y las vivía, llevándolas a la práctica; era tierra abonada que producía ciento por uno.»

Dice otra amiga suya: «Desde que tuvo la dicha de entregarse totalmente a Jesús, todas las conversaciones mundanas, por inocentes que fuesen, le hastiaban, y sólo estaba contenta, cuando se hablaba de algún tema espiritual, de algún pasaje de la vida de Jesús, o la vida de algún Santo. Hablaba poco, gustábele oír y rumiar poco a poco, para después ponerlo por obra.»

Un día, en que tuvo muchas visitas, dijo a una de sus íntimas: «¡Si supieras qué efecto me hace oír hablar de chicos y cosas tontas! ¡qué ilusión! ¡qué vano es todo eso!...»

Antes de acentuarse la gravedad de su mal, el Doctor le mandó saliese un poco a la terraza; obediente pues lo era hasta el sacrificio lo hizo dos o tres veces; a la cuarta vez pidió permiso para quedarse en su aposento; es que comenzó a notar que las conversaciones un tanto mundanas, sin ser precisamente malas, que tenían otras enfermas, disipaban su espíritu y le hacían perder su recogimiento y unión con Dios; por eso, prefería la soledad de su pequeña celda a la distracción honesta de sus amigas.

«¡Qué bueno es Jesús, decía una vez, y cuánto nos ama! ¡Qué beneficio tan grande me hizo el Señor al traerme a esta Santa Casa! Si no ¿qué hubiera sido de mí? ¡Lástima que he perdido tantos años! ¡Qué feliz soy ahora! Puedo vivir unida a

Jesús de día y de noche bajo el mismo techo y recibirle todas las mañanas en mi pobre corazón! Yo no puedo explicar la alegría tan grande que siente mi alma desde que me he entregado de lleno a Él. ¡Oh, si supieran mis hermanas y amigas lo feliz que yo vivo en medio de mi enfermedad!» Este testimonio es de su maestra.

«Le gustaba, dice la misma amiga, más escuchar que hablar, desde su entrada en la Alianza su conversación era como de persona ajena a este mundo; hablaba del cielo, del buen Jesús, de nuestra dulce Madre, como de algo que se conoce ya; hasta su voz en este momento cambiaba de timbre, a impulsos de la confianza y del amor.»

¡Qué lección, hermanitas de la Alianza, qué lección...! De la abundancia del corazón habla la lengua. Ana-Mari habla poco y aun eso poco que habla no es de aquí; es que lo de aquí le hastía; Jesús llenaba su corazón, y Jesús le brotaba por la lengua y por los ojos y por su sonrisa deificada.

IX. Sus virtudes

No es nuestro intento enumerar todas las virtudes y destacar el grado en que las practicaba Ana-Mari; del fertilísimo jardín de su corazón entresacaremos unas cuantas.

Sencillez. Es su sello, la bebió en Santa Teresita y quizás aún más en Conchita Barrecheguren, a la que le ayudó no poco su propio natural. Entre las vidas que leyó, nos aseguran sus amigas, las que más le entusiasmaron fueron las de esas dos almas; de ellas sacó Ana-Mari mucho fruto, tratando de imitarlas con gran fervor y devoción. Llamábalas sus *buenas amigas*. «Nunca seré como ellas, decía, pero seré, y me basta ser

lo que Dios quiere de mí; cumpliendo en todo y por todo su santísima voluntad ya estoy contenta. Creo que lo que más agrada a Jesús es nuestra buena voluntad y una ciega confianza en Él»

Últimamente la Hermana le llevó un libro, para que leyese un poco de él, pero Ana-Mari le contestó: «Ya no quiero libros; no tengo otra gana que estar recogida y pensar en Dios y unirme a Él.»

Pureza. Creemos que aun en su vida distraída de los años pasados en el mundo, no se empañó gravemente este precioso don de la virtud angélica de Ana-Mari. Pero, una vez que Dios la arrancó de los peligros mundanos, la pureza brilló en ella como el lirio en medio de un jardín. Su entrega a Jesús la hizo, consagrándole la pureza angélica con firmísimo voto, que guardó fidelísimamente hasta su santa muerte.

Qué matices tan delicados tuvo esta virtud en Ana-Mari lo prueban los siguientes edificantes rasgos: Por orden del Doctor, hubieron de aplicarle unas inyecciones de suero en el vientre; pues bien, por dos veces, con gran sacrificio, se entregó obediente a tan delicada intervención; mas a la tercera ya no pudo sufrirlo su pudor; entonces acudió en primera instancia a la Hermana; mas, al ver que era de la competencia exclusiva del practicante recurrió al Doctor rogándole la dispensara de aquel tratamiento.

La víspera de su muerte una buena amiga se ofreció a velarla por la noche; aceptó Ana-Mari con gratitud aquel servicio; pero, al presentarse ésta a la noche acompañada de su futuro esposo, Ana-Mari turbóse visiblemente, perdió su habitual serenidad y paz y, con resolución y energía, rogó que aquel joven permaneciese fuera del aposento.



«La infeliz hija de ALBISU-BEA,
con sus dieciocho años escasos...»

La fotografía obtenida dos meses antes de su muerte, y que reproducimos, es la mejor semblanza de su angelical honestidad.

Caridad. Creemos que esta virtud ya la traía del mundo. Las distracciones del siglo no le impidieron practicarla de un modo manifiesto y claro. Su carácter bondadoso la ayudó a alcanzar un grado muy elevado. Citaremos algunos casos: «En ocasión de que yo estuve inmóvil en la cama, dice una amiga, sin poderme ayudar yo misma, ella, con exquisita caridad venía, siempre que se lo permitía el reglamento, prestándome múltiples servicios, con la misma solicitud con que lo hiciera con su más amada hermana.» «En cambio, dice otra amiga, cuando alguna compañera y yo nos ofrecíamos a prestarle algunos servicios, sufría en ello por temor de que nos cansáramos. Por esta misma razón se abstenía de pedir un favor, prefiriendo sufrir una necesidad que molestar a una enfermera.»

«Por no molestar, dice una Hermana, no pedía nada; si nos ofrecemos a prestarle algún servicio, dice: déjenlo, que se cansan, ya estoy, bien.» «Estaba en todo, se preocupaba de todos. Preguntaba con solicitud y gran interés por las que estaban peores.»

No sufría que se hablase mal de nadie; si alguna se descuidaba en hablar algo contra la caridad, ella salía a su defensa, alegando alguna disculpa, o presentando alguna buena cualidad de aquella contra quien se murmuraba. Los regalos que sus familiares le traían, pocas veces los gustaba; sino que hacía paquetitos y los entregaba luego a la Hermana, para que ésta, ocultando la procedencia los repartiese entre sus compañeras enfermas.

Así era de caritativa Ana-Mari; así amaba a sus prójimos

así derramaba su amor entre sus semejantes.

Humildad. Vanidosilla fue en sus primeros tiempos; su natural aquí es opuesto a la virtud que vamos a señalar. Mas ¡cómo se trocó el alma de Ana-Mari! ¡qué cambio! Este cambio, esta encantadora humildad le granjeó el afecto y la simpatía de todo el mundo.

El pensamiento de sus pasados años la conservó siempre en un profundo concerniente y convencimiento de su gran miseria. Por eso, nunca pudo soportar una palabra de alabanza en su favor, cualquiera que fuese la persona que la alabara.

«Siendo físicamente bella y de buen gusto natural, dice su íntima amiga, nunca la conocí presuntuosa; en cuanto a sus prendas naturales. no las conocía; sólo veía sus faltas»; cuando me hablaba de su soberbia, quedábame asombrada; ¿dónde hace radicar esta criatura su soberbia?»

La humildad acompañaba sus actos. A este propósito refiere una de sus amigas: «Si ella veía que alguna compañera carecía de algo, inmediatamente daba de lo suyo; pero con tal maña, que nadie se enterase de aquel su generoso desprendimiento.»

Con su Cristo en las manos y los ojos cerrados (postura habitual en ella) contemplábanla un día sus amigas de piso, y alguna de ellas soltó por lo bajo esta expresión: «Mirarla, me edifica, parece una virgencita...» Inmediatamente abre sus ojos y dice: «No os fieis de las apariencias; a las criaturas fácilmente se engaña; ¿pero a Dios...?»

Hemos oído repetidas veces a las Religiosas que la asistían, esta expresión: «Es tan humilde que no soporta jamás ninguna alabanza a su persona.

En cambio, nadie en el Sanatorio la oyó hablar de su persona

y de sus buenas prendas, que las tenía muy excelentes. En un momento de asfixia, su confesor se creyó en el deber de proporcionarle algún alivio con un abanico; la infeliz, en su grandísima humildad, se ruborizó y le hizo suspender aquel acto de caridad, no creyéndose digna de tal servicio.

X. Vida de unión

Una vida sencilla, vivida tan al natural, pasó desapercibida casi hasta el fin.

Ana-Mari era una enferma ejemplar, buena y sencilla, llena de encantos y queridísima de todo el Sanatorio; pero su humildad supo ocultar maravillosamente todo lo que en ella mereciera el calificativo de santidad, Pero en sus últimas jornadas, sin salir de lo sencillo y natural, aquella alma se mostró visiblemente penetrada y envuelta en un algo sobrenatural y divino. No sólo su confesor y las Hermanas Mercedarias, sino aún sus compañeras más distraídas se dieron cuenta de que aquella celda ocultaba un tesoro. Su avance, sin retroceso, en la vida de *entrega* al Amado, llegó a ser palpable, y el Amado se dejaba traslucir.

Al recibir el 21 de Diciembre de 1943 la medalla de la Alianza, a cuyo acto se preparó con extraordinario fervor, hizo suyo todo el capítulo del reglamento referente a las hermanitas víctimas. Allí estaba su puesto, era la parte de la Alianza, en su lema de sacrificio, que a ella principalmente tocaba *vivir*; «víctima»; víctima por el triunfo de la pureza de las almas blancas, del Sacerdocio...

Un día dijo a la Hermana: «He ofrecido a Jesús por manos de la Santísima Virgen mi cuerpo y mi alma, para que haga de mí lo que quiera; si, pues, ha llegado ya la hora del

sacrificio, *la víctima está preparada.*

Ya no pensó más en su salud, ni se la pidió nunca más a Nuestro Señor; por eso, no hubo necesidad de disimulo alguno para convencerla de que Jesús había aceptado la ofrenda y que el final de su sacrificio se acercaba.

La muerte en su celda era como una diversión; se hablaba de ella como de una fiesta que se espera; la mortaja de raso blanco que le regalaron, estaba expuesta a la vista de todo el mundo; alguien tuvo el humor de ponérsela, en su presencia, para que viese ella misma cómo estaría vestido su propio cadáver.

Puesta en esta perspectiva, Ana-Mari no pensó más que el vivir *muerta a todo*, durante los pocos meses que le quedaban en el destierro. Ahora formulará con decisión y arranque aquella resolución de Santa Margarita María de Alacoque: «Querré siempre lo que Dios haga, haré siempre lo que Dios quiera.»

De su personalidad no quedarán más que las apariencias; Jesús obrará en ella libremente; ella, como una muerta, dejará obrar a Jesús; de suerte que su vida dependa directamente de la de Jesús; que Él determine sus pensamientos, que Él cumpla su voluntad, que Él ponga en acción todas sus energías, que Él mueva todos los hilos conductores de su vida, que Él viva y se manifieste en ella,

Todo el Sanatorio de Uba (así se llama el término, donde aquél está enclavado) contempló con asombro la realidad de este admirable proceso, Así fue la última etapa de su vida: vida de silencio, de abandono, de entrega, de sacrificios, de elevaciones, de transformaciones, de cielo, de Dios...

Dice una Hermana: «Siempre que iba a su lado, invariablemente me decía: Líbreme de Dios, de la Virgen, del Cielo; ya nada de este mundo me interesa.»

Su alegría se desbordaba manifiestamente, cuando algún Sacerdote reunía en su celda a algunas enfermitas y dirigía a todas una breve plática. Si bien a todas recibía con el mismo cariño, tuvo, sin embargo, señaladas preferencias en favor de las que le hablaban de Jesús y de María. Su vida, ya tan simplificada, no era más que sufrir secretamente, callar, sonreír, darse, amar... Vida de unión íntima con su Dios, que se manifestaba en ella espontánea, sin fenómenos extraordinarios, al natural, pero de un modo tan claro y convincente, que todos teníamos la persuasión plena de que era un alma totalmente poseída de Dios.

Aun en los momentos de prueba, lucha y dolor, se reflejaba en su rostro angelical un no sé qué de majestad, de gloria, de serenidad, de paz, de alegría, de beatitud.

¡Oh! ¡un alma entregada a Dios y poseída de Él es un prodigio, es un misterio! ¡Y cómo atrae, cómo cautiva, cómo se hace querer, cómo se le ama y cómo a su lado se siente a Dios! Su silencio habla, su semblante edifica, su modestia enseña, su mirada inspira, su majestad conmueve, su paz conforta y su conjunto diviniza. En la celda de Ana-Mari, a través de un esqueleto que sonríe, Dios ha enseñado lecciones de santidad, de pureza, de sacrificio, de amor. Apelamos al testimonio de las muchas almas, que se han sentado a su cabecera.

XI. ¡Toda consumida! ¡Todo consumado!

Mientras aquella alma bendita vive mirando al Cielo, su cuerpo se seca por la fiebre y por la total abstención de alimentos; las purificaciones del espíritu van unidas a los estragos que la enfermedad causa en aquel cuerpo virginal; la solemnidad de la inmolación va a tener su nota final en la cruz

con el «Consummatun est.»

Los reflejos de la enfermedad alcanzaron a casi todo el organismo imposibilitándole y suspendiéndole en sus funciones, no probando, como arriba se ha dicho, en sus dieciocho últimos días más que unos sorbitos de refresco.

Bruscamente se acentuó su gravedad, y el Doctor dispuso se le administrara el Santo Viático.

¡Fiesta del Corpus Christi, día de esplendores divinos! Por la mañana había comulgado, como todos los días, con el fervor extraordinario que a tal día corresponde. Por la noche volvía a recibir a su Jesús por Viático. ¡Delicadezas del Amado, que para ella no pasan inadvertidas! ¡Dos comuniones el día del Corpus! ¡Maravillas de amor de su Jesús! Después de un profundo e íntimo coloquio con su divino Rey, abrió los ojos y dijo: «¡Qué felicidad, qué alegría siento! ¡Jesús mío, cuando Tú quieras... la víctima está preparada!»

«A los que estábamos presentes, dice una hermana, nos conmovía y edificaba; parecía una virgencita; en aquella sonrisa dulce y mirada de ángel se reflejaba toda la hermosura de su alma.»

Dispensándole de tiempo reglamentario. el Director de la Alianza le impuso el crucifijo de hermanita *formada*, que ella abrazó y besó con lágrimas, diciendo: 'He hallado a quien ama mi alma; le tengo y no le dejaré...»

En aquella conmovedora ceremonia no faltó su pequeña plática del Director, en la que le dijo que tomaba aquella cruz para recorrer la última etapa de su sacrificio, que era su caminito al calvario, que en la cima del monte cantarían el «Consummatum est», y que el anillo de hermanita *interna* se lo daría su mismo Esposo en el reino celestial.

Por unos días su gravedad se estacionó; entre tanto el nombre de Ana-Mari se repetía por todos los pisos del

Sanatorio, y en las horas libres su celda era un jubileo de visitantes.

- «¿Cómo estás, Ana-Mari?» - «Bien » -«¿Sufres mucho?» --«Si no sé sufrir, por todo me quejo.» Y nadie pudo sorprenderla nunca quejándose. «Aparte de alguna contracción dolorosa, que no se podía evitar, dice una Hermana, ni una queja, ni un lamento salía de sus labios; con el crucifijo en sus manos, repetía muchas veces: «Padre mío, os ofrezco a Jesús y me ofrezco yo misma con Él y con mis sufrimientos, haced de mí lo que queráis.»

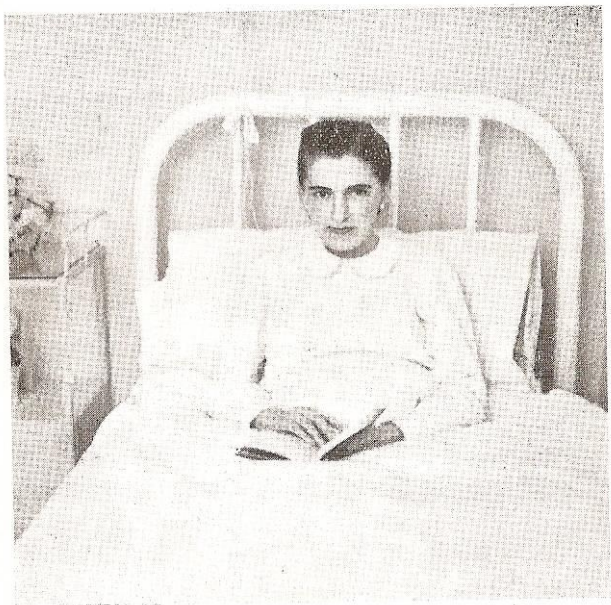
Con los ojos cerrados y su encantadora sonrisa de siempre en los labios, inmóvil, Ana-Mari no vivía ya para este mundo.

XII. El adiós

Faltan veinticuatro horas, y una extraordinaria alegría se dibuja en el semblante de Ana-Mari. «Amaneció gravísima, dice la Hermana, pero lo notable era su angelical sonrisa, que se pronunciaba de un modo especial y extraordinario.» «Me estoy consumiendo como la cera, dice la hermanita moribunda, y purificándome, para ir derechita al Cielo, si así lo quiere el Señor.»

Se le ofrece una pastilla para aliviar un poco sus dolores, y rechazándola suavemente, dice: «¿Para qué ya las pastillas? Todo tiene su fin, y esto mío pronto lo tendrá también.» «Aprovechemos los momentos presentes. Si ahora mismo alguna de Vds. me dijera que estoy curada y puedo marcharme a donde quiera, no lo aceptaría; no cambiaría la muerte por la vida.»

Ni un instante se nubla su paz, ni se empaña su sonrisa;



«...la mejor semblanza de su angelical honestidad».

su agonía no es agonía, es más bien una dulce oración de quietud, Hubo, un momento de turbación; pareció que el enemigo intentaba asaltar aquel castillo; mas la moribunda buscó un arrimo y se asió fuertemente al hábito de la Hermana que la asistía.

Se rezó el santo Rosario, el capellán recitó las preces de los agonizantes y Ana-Mari volvió a su habitual paz y tranquilidad, siguiendo dulcemente sostenida en los brazos del Amado. Todos la miran y la admiran... De pronto abre sus ojos y sonrío por última vez; sonrío ahora al día eterno que vislumbra; luego descubre suavemente un brazo y abre y cierra varias veces la palma de la mano, en ademán de un alegre «adiós» y... ¡muere! ¿Muere...? Mejor diremos que vive plenamente en su Dios.

Son las ocho de la tarde del día 7 de Julio de 1943 y en el último piso del Sanatorio de Ntra. Sra. de las Mercedes ha muerto una joven tuberculosa, a la edad de veinte años.

Esto no constituye novedad alguna en un establecimiento donde las defunciones son bastante frecuentes; pero es Ana-Mari, esa joven simpática, esa de quien sin rebozo se decía allí: «parece una santita»; esa es la que acaba de morir, y la noticia recorre pisos, salas y celdas, con caracteres de algo que conmueve e impresiona.

Ana-Mari ha muerto y todo el mundo suspira por verla; las enfermas desobedecen las prohibiciones de sus Superiores y, burlando su vigilancia, abandonan sus lechos y suben a la habitación de su buena amiga.

Hace varias semanas que sus familiares la habían preparado una rica mortaja de raso blanco y azul, símbolo de la Inmaculada, como dispone el reglamento de la Alianza.

Rápidamente «vestida» (lo decimos de intento) y no

amortajada, vestida de blanco y azul y con sus insignias de hermanita formada al pecho, Ana Mari no es un cadáver; es... algo así como una estatua sonriente y majestuosa de una Virgen de Lourdes, recostada en lecho de flores. El espectro de la muerte no se ve allí por ninguna parte, en el rostro de Ana-Mari siguen reflejándose claramente los destellos de algo que no es terreno, sino sobrenatural y divino; por eso, Ana-Mari sigue atrayendo, cautivando, embelesando dulcemente, infunde piedad, devoción, recogimiento espiritual; nadie se cansa, nadie se asusta, nadie cree estar ante un cadáver; todos desfilan; hasta la Comunidad practica allí, como en devotísimo oratorio. sus actos de piedad...¡ Ahora sí que, sin temor de herir la grande humildad de aquella alma, pueden decir todos a coro: «es una virgen, es un ángel, es una santa...»

XIII. ¿Lo será?

La palabra «santa» no la tomamos aquí en el sentido rigurosamente canónico, en que la pronuncia la Igksía sobre los distinguidos con la aureola de una heroica santidad. No ha sido este nuestro intento, al escribir en este folleto la biografía edificante de Ana-Mari Garmendia.

Queríamos probar, por medio de un ejemplo viviente, la posibilidad y la realidad de una vida ascéticamente, evangélicamente, cristianamente santa, en el sentido corriente, vulgar, pero verdadero y exacto de la palabra; santa en el grado y modo en que una joven seglar, con las gracias, dones y caridad convenientes, pueda y deba llegar a serlo.

Ana-Mari fue llamada a ser santa, y para serlo recibió de Dios su don, su talento, sus gracias, su caridad. Y nosotros hemos creído (hablamos humanamente y aún con peligro de

equivocarnos) hemos creído que ella reconoció y guardó su don, cultivó su talento sin enterrarlo, aprovechó bien las gracias, fue fiel al llamamiento divino, amó a Dios como sierva, como víctima, como esposa, probándolo en su vida de pureza angélica y de sacrificio, correspondió con generosidad y no negó nada a su Dios y Señor. Y he ahí cabalmente la santidad que nosotros buscamos para nosotros y para los demás.

Y lo hizo Ana-Mari con encantadora sencillez y naturalidad; sencillez y naturalidad, que, unidas a su grande humildad, ocultaron y disimularon todo lo admirable de aquella hermosa vida.

Y volvemos ahora a repetir, como nota final de este trabajito: Que lo único sublime, lo grande y casi extraordinario, lo que no es corriente entre almas buenas y aun fervorosas, fue en ella su generosa y completa *entrega* a su Dios, la donación total y plena de todo su ser, el don de sí misma a Jesús.

De aquí arranca toda la santidad de Ana-Mari. Cuando su corazón se entregó sin reservas, arrojándose locamente en Él, Dios se sintió como obligado, trocando el negocio de la santificación de aquella alma en negocio suyo personal. A partir de este momento el amor y el poder de Jesús se pusieron en movimiento para santificar a esta alma, y creemos que Jesús lo ha hecho colmadamente.

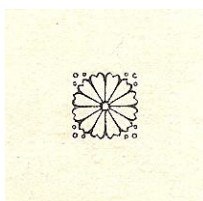
XIV. ¿Y tú?

Y tú, alma devota y fervorosa, que has leído todo esto, ¿qué haces? ¿qué opinas de la santidad? ¿quieres ser santa? Sabemos de amigas de Ana-Mari que, allí, junto a sus restos todavía calientes, tomaron la generosa resolución de seguirla. «Quiero ser como Ana-Mari» nos dijo una de sus amigas, y lo

han repetido otras muchas, heridas por el llamamiento de Dios. Y tú ¿quieres ser como Ana-Mari? ¿lo quieres de veras? No lo conseguirás con sólo «inventar» procedimientos especiales, estudiando muchas vidas, leyendo tratados y llenando tu cabeza de muchas ideas, proyectando, tal vez, grandes y costosos sacrificios... ¡No y mil veces no! Tu santidad no depende de nada de eso; tu santidad está, óyelo bien, en *tu ENTREGA*.

Quien no se entrega, no se santifica; quien sólo se entrega a medias, sólo a medias se santifica; quien plena y totalmente se entrega, como se entregó Ana-Mari, será por lo menos tan encantadoramente santo como Ana-Mari. Entrégate tú, quienquiera que seas, porque tu santidad no es negocio exclusivamente tuyo, sino también negocio de Dios.

Sal de tus propias manos, que son las de un torpe aprendiz, y ponte en las de Dios. ¡Arráncate de ti y entrégate a Dios!



ÍNDICE

	Páginas
Por vía de introducción.	3
I. Albores humildes.	5
II. ¿Fue mundana?	7
III. El dolor.	12
IV. Unas amigas.	16
V. De cara a Dios.	19
VI. Lágrimas dichosas.	21
VII. «Mártir en el Sacrificio».	23
VIII. Esposa de Jesús.	25
IX. Sus virtudes.	27
X. Vida de unión.	32
XI. ¡Toda consumida! ¡Todo consumado!	34
XII. El adiós.	36
XIII. ¿Lo será?	39
XIV. ¿Y tú?	40

